

**UNA
CHICA
LLAMADA
JOY**





UNA
CHICA
LLAMADA
JOY



JENNY VALENTINE

Ilustraciones de Claire Lefevre

B Bruño

Título original: *A Girl Called Joy*
Publicado por primera vez en Reino Unido en 2021
por Simon & Schuster
Copyright del texto: © 2021 Jenny Valentine
Copyright de las ilustraciones: © 2021 Claire Lefevre


© 2023 Grupo Editorial Bruño, S. L.
Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.brunolibros.es

Dirección Editorial: Begoña Lozano
Traducción: Begoña Hernández Sala
Edición: María José Guitián
Preimpresión: Alberto García
ISBN: 978-84-696-6873-3
D. legal: M-8013-2023
Printed in Spain

Reservados todos los derechos.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Pueden utilizarse citas siempre que se mencione su procedencia.





*Para los optimistas
de todas partes*



1

En nuestra familia no hay absolutamente nada mágico. No tenemos un abuelo que pueda volar, ni un tío que esté ocupado construyendo una máquina del tiempo, ni padres magos que sean mundialmente famosos. Nuestro abuelo camina con bastón, no tenemos tíos y nuestros padres han empezado a decir, de buenas a primeras, cosas como «Vuelve a dejar eso donde estaba», «¿Dónde has puesto el uniforme del colegio?» y «Por favor, pasa la aspiradora por tu cuarto inmediatamente».

Según Claude, mi hermana mayor, eso nos convierte en personas de lo más normales y corrientes. Pero como nunca hemos sido normales y corrientes, no creo que debiéramos estar dispuestos a empezar a serlo ahora.

No voy a fingir que no ha habido algunos cambios. Desde luego, ahora las cosas parecen muy vulgares. Tremendamente asfixiantes. Y no hace falta decir que nadie tiene una varita mágica, ni su propia manada de lobos superserviciales, ni un trozo de roca que habla con frases completas. Debajo de nuestra piel no hay universos paralelos, ni otros mundos en nuestros armarios, ni humanos diminutos y perfectos entre las paredes de casa. Hay productos de limpieza, ropa y posiblemente ratones. Yo no tengo zapatos que corran por todas partes con una mente propia. Tengo un par de zapatillas de deporte que me quedan pequeñas, pero que todavía no estoy preparada para tirar porque han vivido muchas aventuras conmigo. La la-

vadora no quita las manchas de hierba de los preciados vaqueros nuevos de Claude y, ahora mismo, papá no puede librarse del café que ha derramado sobre la alfombra del abuelo. Así que estoy bastante segura de que ninguno de nosotros puede hacer que desaparezcan cosas.

La cuestión es que hay varias clases de magia. No tendría que significar lo mismo que «imposible» y no tendría que poder pasar solo en la ficción. A mí no me parece justo. Claude dice que nuestras definiciones de magia son distintas, y que yo siempre me maravillo ante una cosa u otra sin ninguna razón porque soy muy fácilmente impresionable. Estoy atenta las veinticuatro horas del día de los siete días de la semana para cuando aparezca la auténtica magia de la vida real y diaria, porque esa es la clase de magia en la que yo creo, y para ser sincera, pienso que nos vendría bien un poco.

Cuando digo estas cosas, Claude pone los ojos en blanco (es su especialidad) y replica:

— Ah, ¿sí? Vale. Pues buena suerte.

Cuando no posees la magia que sale en los cuentos, tus problemas son menos vistosos y no tan divertidos de arreglar. Por ejemplo, papá ha puesto un libro sobre árboles grande y pesado encima de la mancha de café, a toda prisa, y lo ha dejado ahí, en mitad de la sala, donde no le corresponde, como una maleta en un canal. En cualquier momento, alguien, el abuelo lo más probable, tropezará con él y descubrirá la verdad. Claude dice que no va a ser agradable cuando lo descubra, y no es más que cuestión de tiempo. Incluso con mi talento para pensar en positivo, estoy empezando a creer que mi hermana podría tener razón.

Yo tengo diez años y Claude, trece.

Huele a cereza y se maquilla los ojos de negro. Tiene los dientes más blancos y rectos del mundo, y la sonrisa más resplandeciente que he visto en mi vida. Cuando está contenta, parece un anuncio de dentistas, aunque eso no suce-

de muy a menudo. Papá dice que la resplandeciente sonrisa de Claude se ha convertido un poco en una lluvia de meteoritos, porque solo sucede una o dos veces por año y si parpadeas te la pierdes.

Vimos una lluvia de meteoritos en California, cuando yo tenía seis años y Claude nueve. Llovieron estrellas del cielo durante horas y horas y yo me quedé dormida antes de que terminara. Para perderse eso, haría falta un parpadeo de lo más largo.

Claude es el diminutivo de Claudia Eloise, que se pronuncia «clod» y casi casi rima con «plof», lo que últimamente le queda muy bien. Desde que regresamos al Reino Unido y nos instalamos en casa del abuelo, mi hermana no para de quejarse de que no vale la pena hacer nada, y que lo que hay que hacer es menos que nada. Papá y mamá han empezado a llamarla «la pared de ladrillos», pero no de forma que pueda oírlos. Lo susurran tapándose la boca,

pero yo estoy segura de que no tendrían que tomarse tantas molestias. Hasta donde yo sé, mi hermana ha dejado de escuchar por completo cualquier cosa que le digan.

Mis padres se llaman Rina y Dan, diminutivos de Marina Jane Blake y Daniel Samson Applebloom. Desde que llegamos han estado hiperdistráidos y ultraocupados haciendo cosas alucinantes e impropias de ellos, como presentar solicitudes para empleos que no requieran viajar, darse de alta en el sistema sanitario y meternos en la escuela con calzador. Esas no son las actividades que solían tener ocupados a nuestros padres. De hecho, son absolutamente lo contrario de lo que se han pasado la vida enseñándonos a esperar. Es muy inquietante... Claude opina que a papá y mamá los han sometido a trasplantes radicales de la personalidad, de la noche a la mañana, cuando nosotras no estábamos mirando. Dice que, en realidad, podrían no ser ya nuestros padres, y que debe-

mos mantenernos alerta porque podría estar a punto de suceder cualquier cosa.

—¿Estás segura de que son los únicos? —le pregunto yo, porque, ahora mismo, apostaría a que a ella también le han trasplantado la personalidad.

Desde luego, ya no se comporta como mi hermana. No es, ni por asomo, tan divertida como antes.

A mí no me han trasplantado nada. Soy exactamente la misma de siempre, aunque todo lo demás haya cambiado. Mi nombre no se puede abreviar, y solo tengo uno. Es lo que es, y todo el mundo me llama Joy, sin más.

